

WIGETTA

EN LAS DINDOLIMPIADAS



VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

EN LAS DINOLIMPIADAS



,

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© Ismael Municio, por el diseño de personajes, ambientación, fondos y portada, 2016

© Pablo Velarde, por la realización de bocetos y línea, 2016

© José Luis Ágreda, por la realización de bocetos y línea, 2016

© Jesús Sanz, por el color, 2016

© Alfredo Iglesias, por el color y efectos, 2016

Diseño de interiores: Rudesindo de la Fuente

Aplicación móvil diseñada y desarrollada por Vidibond, S.L.

www.VIDIBOND.com

© 2016, Willyrex

© 2016, Vegetta777

Redacción y versión final del texto, Víctor Manuel Martínez y Joaquín Londáiz, 2016

© 2016, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Derechos reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TEMAS DE HOY M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-9998-570-1

Primera edición impresa en México: noviembre de 2016

ISBN: 978-607-07-3720-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*



ÍNDICE

- 10** Unos visitantes gigantescos
- 36** Una historia increíble
- 56** El Templo de los Tesoros
- 84** El capitán Ahá
- 110** Capital Huesitos
- 140** En las entrañas del volcán
- 160** La criatura verde
- 182** Las Dinolimpiadas
- 208** Un plan imposible
- 236** La boda





UNOS VISITANTES GIGANTESCOS

La habitación permanecía en penumbra. Las cortinas estaban echadas, impidiendo que entrase la luz y que cualquier vecino curioso de Pueblo tratase de cotillear. Si se enteraban de lo que estaba cociéndose allí, **WILLY** y **VEGETTA** estarían perdidos. ¡Su reputación podría verse seriamente dañada!

Los dos amigos estaban frente a los fogones. Willy llevaba puesto un delantal amarillo chillón y Vegetta, que no quería ser menos, había optado por otro muy parecido. Los dos habían protegido sus ojos con unas llamativas gafas que habían tomado prestadas del laboratorio de su buen amigo, el científico **RAY**.

Guantes y gorros de protección completaban su indumentaria. Aquella mañana habían quedado en su casa para realizar experimentos.

Willy y Vegetta miraban asombrados las espirales de humo que brotaban de los cuencos de cerámica que el propio Ray se había encargado de traer.

—¡Ácido oleico!

—exclamó Vegetta, asombrándose al ver que el humo cobraba un color amarillento.

—¡Cloruro sódico!

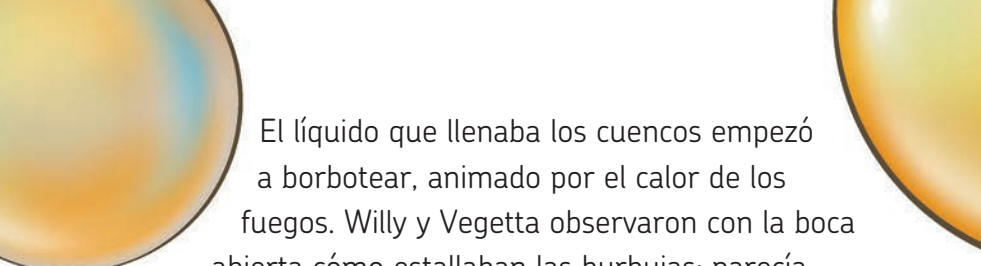
—gritó con más fuerza Willy, haciendo grandes aspavientos con sus manos.

El humo se oscureció y se hizo más denso al añadir otro ingrediente. Pocos segundos después, recuperaba la tonalidad verdosa del principio. Era desconcertante. ¿De qué color se volvería si echaban algo más?

—Probad con esto —les dijo Ray mientras les entregaba un pequeño tarrito con unos polvos anaranjados de olor penetrante.

Willy y Vegetta se miraron, asintieron y, decididos, exclamaron al mismo tiempo:

—¡¡CÚRCUMA!!



El líquido que llenaba los cuencos empezó a borbotear, animado por el calor de los fuegos. Willy y Vegetta observaron con la boca abierta cómo estallaban las burbujas; parecía lava de un volcán a punto de entrar en erupción.

—Chicos, sabéis que gritar esas cosas no sirve de nada, ¿verdad? —preguntó Ray, sacudiendo su despeinada melena de león.

—Pero ayuda a crear ambiente —explicó Willy, frotándose las manos.

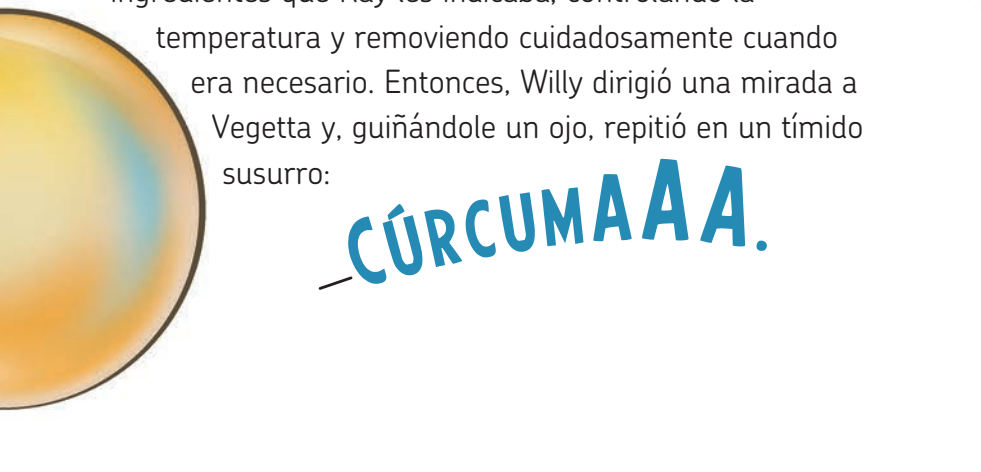
—Nos ayuda a meternos en el experimento —añadió Vegetta.

—Pero no tiene ninguna utilidad y, para colmo, me distrae —protestó el científico—. Queréis que os enseñe, ¿no?

—Sí, sí. Lo sentimos —se disculpó Vegetta—. Ya paramos.

Ambos siguieron añadiendo a los cuencos los ingredientes que Ray les indicaba, controlando la temperatura y removiendo cuidadosamente cuando era necesario. Entonces, Willy dirigió una mirada a Vegetta y, guiñándole un ojo, repitió en un tímido susurro:

—CÚRCUMAAA.



—¡YA BASTA!—protestó

Ray, con los brazos en jarra—.

Sabéis perfectamente que
nadie llama al aceite «ácido
oleico». Tampoco echamos cloruro
sódico en los alimentos, sino sal.
Y en la cocina el agua es agua,
no óxido de hidrógeno.

¡O dejáis de decir esas cosas
o doy por terminadas
las clases de cocina!



—¡NO, NO!
¡POR FAVOR!

—suplicó Willy—. ¡No lo volveré a hacer!

—¡Y no son clases de cocina! —puntualizó Vegetta—.
¡Que quede claro que son experimentos! ¡Estamos
aprendiendo a convertir la verdura en un delicioso
manjar! ¡El agua en vino! ¡A transmutar metales en oro!

—Que yo sepa, solo os estoy enseñando lo primero
—aclaró Ray, señalando los cuencos—. Simplemente
estamos cocinando brócoli para convertirlo en un
delicioso manjar.

—**¡Lo ha dicho!** —exclamó Vegetta, llevándose las
manos a la cabeza.

—**¡La palabra prohibida!** —dijo Willy,
aterrorizado—.

¡BRÓCOLI!

TROTUMAN, que andaba recostado en una butaca del salón, se despertó de un brinco. Aquel ambiente cálido y ese olor extraño, pero agradable, que los envolvía habían conseguido que le entrase sueño. La mascota había dormido profundamente, a pesar del escándalo que montaban Willy y Vegetta cada vez que exclamaban sus particulares palabras mágicas. Entre sudores fríos, preguntó:

—¿Alguien ha dicho brócoli?

¡Estáis todos bien?!

¡Tenemos que buscar ayuda!



—Tranquilo, Trotuman —dijo Willy, calmando a su mascota—. Ray nos está enseñando sus avanzados conocimientos científicos para convertir el brócoli en algo delicioso. ¡Es un experimento increíble!

—**¡Os digo que no es un experimento!** ¡Estáis cocinando!

En aquel instante, **VAKYPANDY** apareció detrás del grupo, asomando la cabeza por encima de los hombros de sus amigos. Miró al científico con gesto serio y alzó una ceja.





—¿Qué es este olor tan raro?
—preguntó.

Todos se echaron a reír. En el fondo, Ray se lo estaba pasando muy bien, al igual que Vegetta y Willy.

Les encantaba poder dedicar una tarde a estar entre amigos, dejando aparcadas por un momento algunas de sus preocupaciones. El *Libro de códigos* seguía en paradero desconocido. Desde que se lo había llevado aquella criatura verde el día de su regreso del viaje interdimensional, no habían vuelto a saber de él. Lo habían buscado por todos los medios, pero todavía no lo habían localizado. Ese día habían decidido despejar la cabeza y dedicarlo a aprender a cocinar o, como ellos decían, a hacer experimentos.

—¿Qué os hace tanta gracia? —insistió Vakypandy—. ¡Aquí apesta! Deberíamos abrir la ventana para ventilar un poco.

—**¡No!** —gritaron Willy y Vegetta al unísono—. No queremos que la gente se entere de que estamos cocinando **br...**

¡BRÓCOLI!





De pronto, escucharon un tremendo griterío procedente del exterior.

—**¡OS LO DIJE!** —protestó Trotuman—. Habéis vuelto a pronunciar la palabra prohibida y ya la habéis liado.

Los amigos se asomaron rápidamente a la ventana, para ver qué estaba pasando. Vieron a varios vecinos de Pueblo corriendo. Huían despavoridos hacia sus casas. Vieron a **PELUARDO** llevándose las manos a la cabeza como si se acabase el mundo.

—**¡PELUARDO!** —llamó Vegetta desde la ventana—. ¿Qué está pasando?



—¡No lo sé! —respondió Peluardo—. Como todo el mundo corre, yo también. ¡Solo por si acaso!

—¡Eh, **TABERNARDO!** —gritaron al tabernero, que también pasaba por allí—. ¿Qué sucede?

—¡Hola, Willy! ¡Hola, Vegetta! —saludó Tabernardo mientras daba grandes zancadas en busca de un refugio—. ¿No os habéis enterado todavía? ¡Han llegado unos monstruos a Pueblo!

—**¿Has dicho MONSTRUOS?**

—repitió Peluardo, tragando saliva.



—¡Son gigantescos y tienen el aspecto más terrorífico que hemos visto jamás! —añadió Tabernardo.

—**¡GIGAN... GAN... TESC... C... COS!**

—tartamudeó Peluado, totalmente poseído por el miedo.

—¡Como lo oyes! ¡Y parecen sedientos de sangre!

—remató el tabernero.

—**¡Vamos!** —exclamó Peluado—. **¡Todos a salvo!**
¡Los monstruos nos invaden!

Willy y Vegetta sacudieron la cabeza. A diferencia de la mayoría de sus amigos, ellos no acostumbraban a huir de los problemas. Es más, solían ir en su busca.

—Vamos a echar un vistazo —propuso Willy—. Ray, quédate aquí. Si en verdad hay monstruos, podría ser peligroso.

—Entendido —respondió Ray—. Vigilaré vuestros guisos, no sea que se eche a perder la comida.

—**¡BUENA IDEA!** ¡Termina de completar nuestro experimento! —dijo Vegetta, en tono bromista.



Los dos amigos salieron a la calle acompañados por sus mascotas y caminaron a contracorriente. Los habitantes de Pueblo seguían gritando desesperados. ¿Acaso Pueblo estaba siendo atacado por un nuevo virus? ¿Tenía esto algo que ver con los secretos que guardaba el *Libro de códigos*? No tardarían en averiguarlo. Enseguida se dieron cuenta de que todo el mundo venía del mismo sitio: el puerto.

—**Qué extraño...** —murmuró Willy—. No solemos recibir visitantes del extranjero. Tal vez uno de los barcos del capitán haya sido abordado en alta mar.

—Es posible —dijo Vegetta pensativo—. El mar es tan inmenso... Nunca me he preguntado qué habría más allá del horizonte.

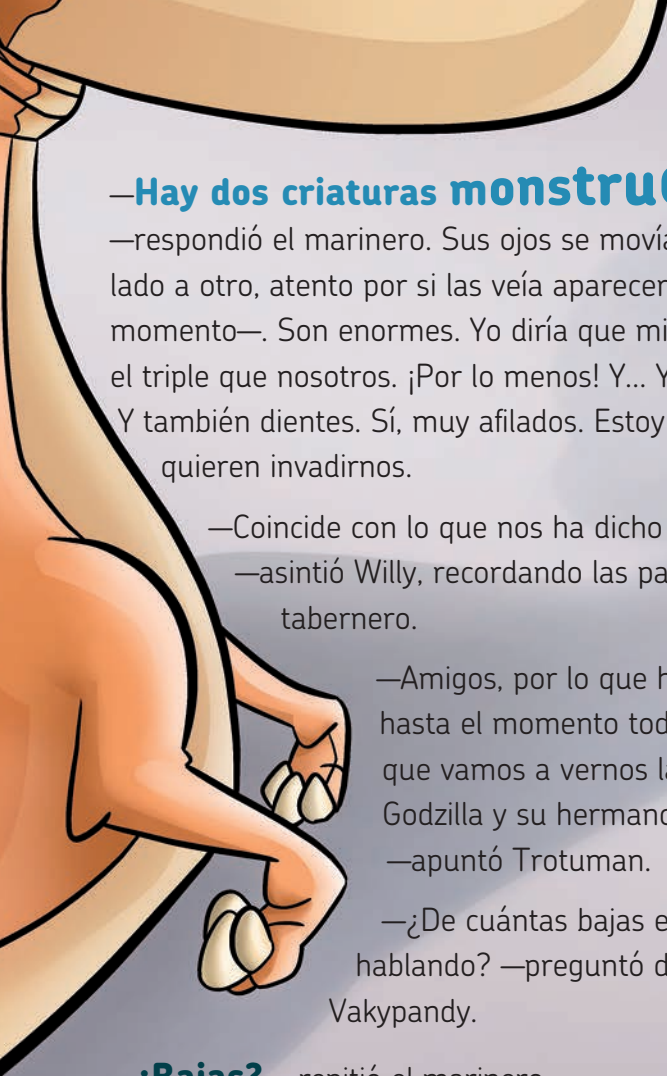
—Quizá hoy lo sepamos —sentenció Willy.

Estaban llegando al puerto cuando vieron a uno de los marineros escondido dentro de un barril. Al oír que alguien se acercaba, este asomó la cabeza unos centímetros.

—**¡PSST!** —chistó, intentando no llamar demasiado la atención. Estaba muerto de miedo y no pensaba salir de su escondrijo—. ¡Willy, Vegetta! ¡Aquí!

La cabeza del marinero no asomó más allá del bigote. Estaba pálido y temblaba como si hubiese visto una legión de fantasmas. Con discreción, Willy y Vegetta se acercaron al barril y preguntaron al marinero qué sucedía.





—Hay dos criaturas monstruosas

—respondió el marinero. Sus ojos se movían de un lado a otro, atento por si las veía aparecer en cualquier momento—. Son enormes. Yo diría que miden el doble o el triple que nosotros. ¡Por lo menos! Y... Y tienen garras. Y también dientes. Sí, muy afilados. Estoy seguro de que quieren invadirnos.

—Coincide con lo que nos ha dicho Tabernardo
—asintió Willy, recordando las palabras del tabernero.

—Amigos, por lo que hemos oído, hasta el momento todo apunta a que vamos a vernos las caras con Godzilla y su hermano gemelo
—apuntó Trotuman.

—¿De cuántas bajas estamos hablando? —preguntó de pronto Vakypandy.

—**¿Bajas?** —repitió el marinero.

—Sí, bajas —dijo Vegetta—. Ya sabes... Fiambres, muertos.

—Heridos, al menos —añadió Willy.

—¡Nadie!

—**¡¿NADIE?!** —exclamaron a la vez los dos amigos.

—No. Que yo sepa, de momento no han atacado a nadie

—reconoció el marinero—. Ni siquiera lo han intentado.

Pero, para ser sincero, no les dimos la oportunidad.

En cuanto los vimos llegar a bordo de aquel barco de

huesos, todo el mundo salió corriendo y se escondió.

Cuando el barco llegó al puerto, no quedaba nadie allí.

—¿Has hablado de **un barco de huesos?**

—preguntó Willy, creyendo haber oído mal.

—Así es.

—Pues suena bastante aterrador —murmuró Vakypandy.

—De todas formas, no deberíamos sacar conclusiones apresuradas —apuntó Vegetta,

intentando ser optimista—. Quizá no sean

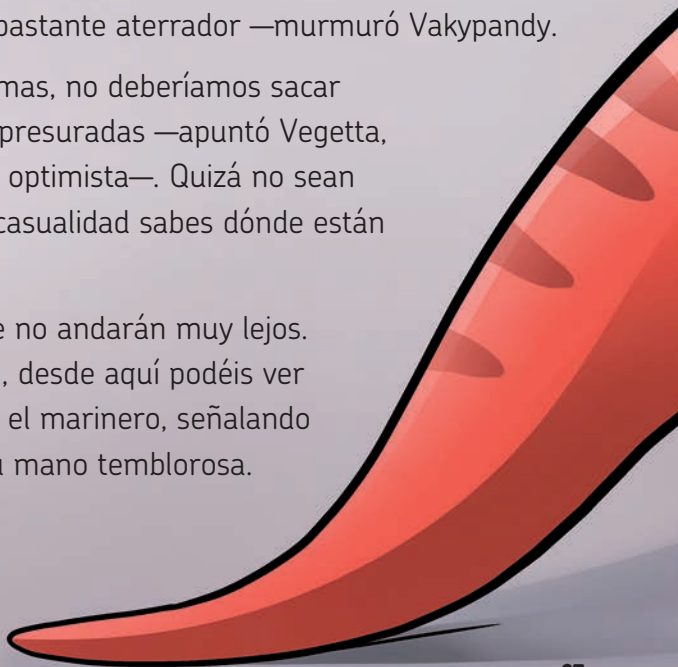
hostiles. ¿Por casualidad sabes dónde están ahora?

—Supongo que no andarán muy lejos.

Si os fijáis bien, desde aquí podéis ver

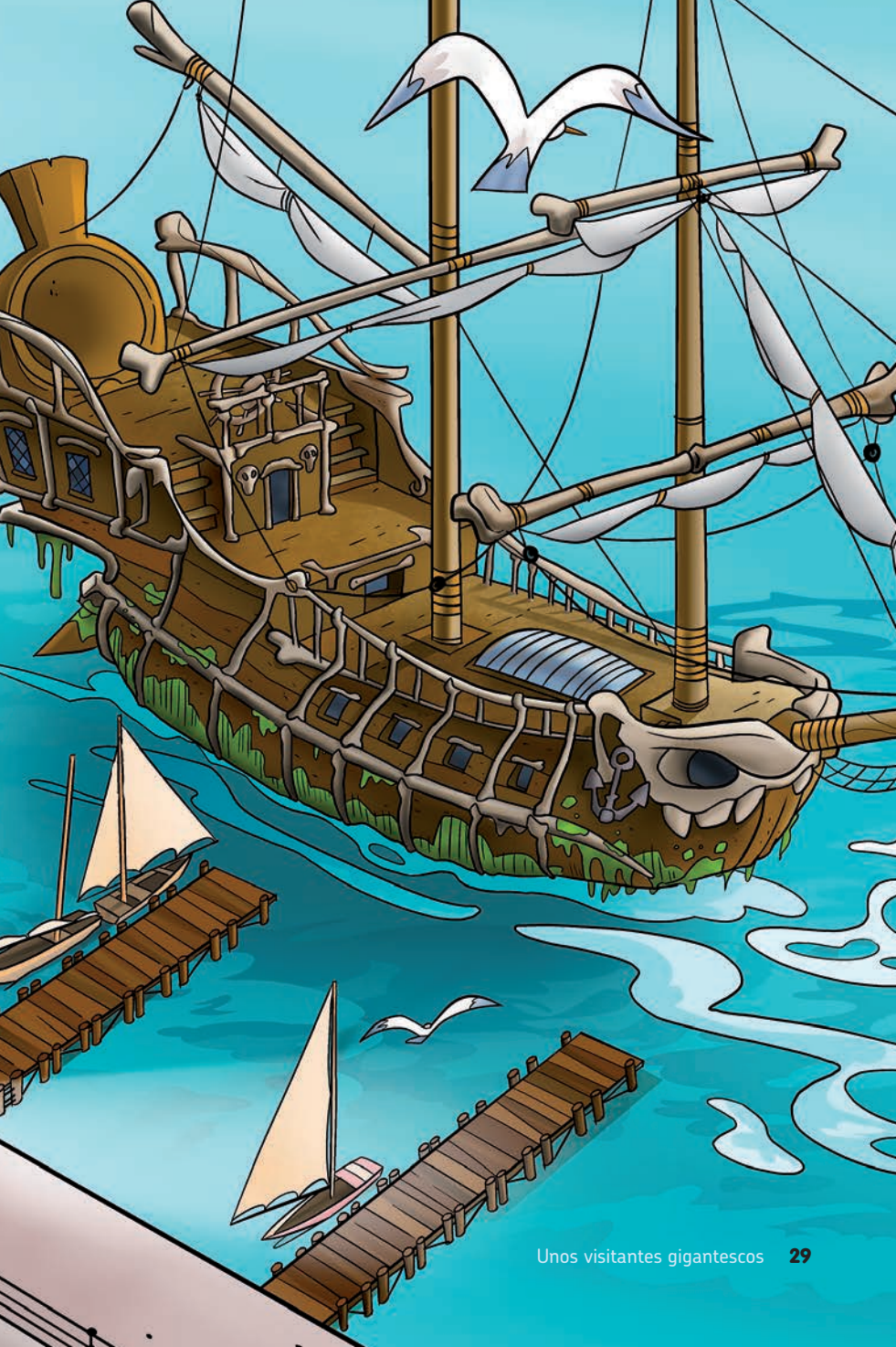
su barco —dijo el marinero, señalando

el navío con su mano temblorosa.



El barco era siniestro. No era de extrañar que los habitantes de Pueblo hubiesen huido en busca de refugio nada más verlo. El casco había sido fabricado enteramente con huesos de gran tamaño. Se preguntaron a qué criaturas habrían pertenecido. Por su tamaño, sus antiguos propietarios debían de ser enormes. Había signos de desgaste por toda la quilla, ya verdosa por el contacto con el agua y las algas. Sin duda, ese barco había surcado muchas aguas en busca de poblaciones a las que atacar. Willy y Vegetta cada vez estaban más convencidos de que aquello se trataba de una invasión en toda regla. No había más que fijarse en el mascarón de proa de aquel barco, una figura con dos amenazantes colmillos saliendo de su boca, para saber que sus propietarios no tenían buenas intenciones.





Se acercaron al barco con los ojos bien abiertos. A su derecha se encontraba el almacén, que hacía las veces de lonja. Era un edificio viejo y deteriorado por las inclemencias del tiempo. Su interior, aunque se mantenía limpio y ordenado, despedía un intenso olor a pescado. De pronto detectaron un movimiento. Allí vieron dos figuras de gran tamaño. Estaban de espaldas, asomando la mitad de su corpachón por la entrada del almacén, como si buscasen algo o a alguien.



No pudieron verles la cara, pero sí las escamas que cubrían su cuerpo.

Armados de valor, Willy y Vegetta decidieron intervenir.

—**¡EH, VOSOTROS! ¡Los del almacén!** —llamó Willy.

Con cierta parsimonia, las criaturas dejaron de husmear y se volvieron hacia ellos.

A Willy y Vegetta se les escapó un grito ahogado al ver a los forasteros. Estaban ante dos dinosaurios. Uno parecía un tiranosaurio, grande y de aspecto fiero, de piel anaranjada y con sus pequeñas patitas delanteras. El otro era claramente un velociraptor, de color rojo oscuro y de tamaño más pequeño que su compañero, pero de mirada avispada.

—Bien, **no os pongáis nerviosos**. Solo queremos hablar —aclaró Vegetta.



Por si acaso, Willy y Vegetta adoptaron una posición ofensiva. El primero desenfundó su espada y palpó su bumerán con la mano, por si fuera necesario usarlo. El segundo tensó la cuerda de su arco a la velocidad del rayo, listo para el ataque si las cosas se ponían feas. Trotuman y Vakypandy secundaron a sus amigos y levantaron los puños, preparados para entrar en acción.



Los dinosaurios se sorprendieron ante la reacción de Willy y Vegetta. Al ver sus rostros tensos, comprendieron que los tomaban por criaturas hostiles. Rápidamente se dieron cuenta del malentendido y llamaron a la calma a todo el mundo.

—**¡UN MOMENTO, UN MOMENTO!**

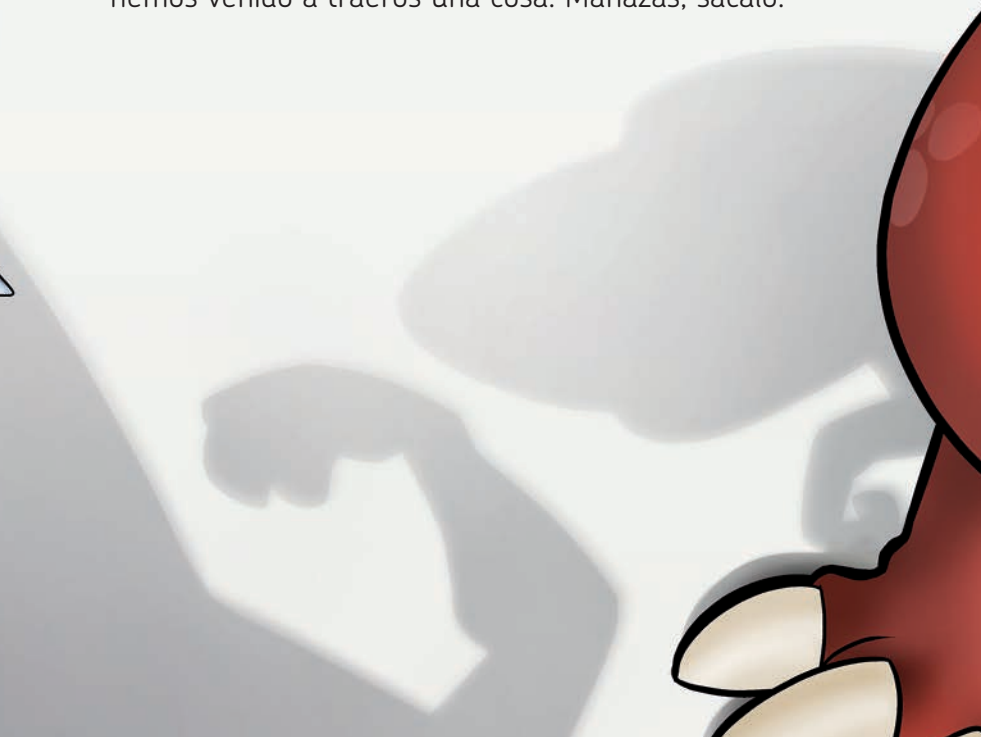
—dijo el tiranosaurio—.

¿QUÉ HACÉIS?

¡Venimos en son de paz!

—**¿EH?** —preguntó Vegetta, sorprendido.

—No queremos luchar —insistió el velociraptor—. Solo hemos venido a traeros una cosa. Manazas, sácalo.



No sin cierto esfuerzo, el tiranosaurio abrió una pequeña riñonera que llevaba colgada del cinto y extrajo un grueso tomo de color azul. Los chicos se quedaron asombrados al verlo.

—Es vuestro, ¿no? —preguntó el tiranosaurio.

Willy y Vegetta se acercaron tímidamente, con los ojos abiertos como platos. No daban crédito a lo que estaban viendo. Habían sufrido muchas aventuras y desventuras por él, custodiarlo había sido un auténtico quebradero de cabeza y su desaparición era una gran amenaza para Pueblo. Sin embargo, allí estaba. Aquel tiranosaurio sostenía en sus manos el *Libro de códigos*.

—Un momento, un momento —dijo Willy, relajando la postura—.

¿DE DÓNDE HABÉIS SACADO ESO?

—Es una larga historia —contestó el velociraptor.

—Tenemos muchas cosas que contarnos y será mejor que lo hagamos en un sitio más tranquilo —concluyó Vegetta.